

El poeta inglés es como el prosista francés, después de la carta de Sulpicio a Cicerón; semejanza tan perfecta me es muy gloriosa, porque me he anticipado al cantor inmortal en la plaza donde tuvimos los mismos recuerdos, y donde hemos conmemorado las mismas ruinas.

Los primeros traductores, comentaristas y admiradores de lord Byron, no quisieron hacer notar que algunas páginas de mis obras podían estar presentes en la memoria del pintor de *Childe-Harold*, creyendo que era robar algo a su genio. Ahora que el entusiasmo se ha calmado un poco, no se me niega tanto este honor. Nuestro inmortal cancionero, en el último volumen de sus cantos, dice: «En una de las estrofas que preceden a ésta, hablo de las *liras* que Francia debe al señor de Chateaubriand. Yo no temo que este verso sea desmentido por la nueva escuela poética que, nacida bajo las alas del águila, con razón se ha glorificado de su origen. La influencia del autor de *El Genio del Cristianismo* se ha hecho sentir igualmente en el extranjero, y es justo reconocer que el cantor de *Childe-Harold* es de la familia de René.»

En un excelente artículo sobre lord Byron, ha renovado el señor de Villemain la observación del señor Béranger: «Varias páginas incomparables de *René*—dice—habían agotado, es cierto, este carácter poético. Ignoro si Byron las imitaba o las renovaba con su genio.»

Lo que acabo de decir sobre las afinidades de imaginación y de destino entre el cronista de *René* y el cantor de *Childe-Harold*, no quita un solo cabello de la cabeza del poeta inmortal.

¿Qué importa a la musa del *Dee*, que lleva una lira y alas, mi musa pedestre y sin autoridad?

Además, dos talentos de una naturaleza análoga pueden tener muy bien concepciones semejantes, sin que se les pueda echar en cara el haber marchado servilmente por el mismo camino. Se permite aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya; lo hemos visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco sin vacilar que en mi juventud, *Ossian*, *Werther*, *Les Réveries du promeneur solitaire*, *Les Études de la nature*, pudieron mezclarse a mis ideas, pero no he ocultado nada, no he disimulado en nada el placer que me causaban aquellas obras.

Si fuera cierto que *René* fuera en el

fondo el personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe-Harold*, *Conrado*, *Lara*, *Manfredo*, el *Giaour*; si acaso lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás? ¿Sería yo uno de esos padres de quienes se reniega, cuando se ha llegado al poder? ¿Lord Byron puede haberme ignorado por completo, cuando cita a casi todos los autores franceses contemporáneos suyos? ¿No ha oído jamás hablar de mí, cuando tanto los diarios ingleses, como los franceses, han resonado junto a él, con la controversia suscitada sobre mis obras, cuando el *New-Times* hizo un paralelo entre el autor de *El Genio del Cristianismo* y el autor de *Childe-Harold*?

No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus susceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y las comparaciones irritan. Por eso otro talento superior ha evitado mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Gracias a Dios, estimándome en mi justo valor, no pretendí nunca el imperio; como no creo más que en la verdad religiosa, de quien es la libertad una forma, no tengo más fe en mí que en cualquiera otra cosa de este mundo. Jamás he sentido la necesidad de callar cuando he admirado; por eso proclamé mi entusiasmo hacia madama Staël y hacia lord Byron. ¿Hay algo más grato que la admiración?

Por otra parte, la quisquilla que demuestro en estas *Memorias* con el mayor poeta que ha tenido Inglaterra, desde Milton, no prueba más que una cosa: el alto precio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa.

Lord Byron ha abierto una escuela deplorable, yo presumo que ha causado tanta desolación con los *Childe-Harold*, a que ha dado nacimiento, como yo con los *Renés*, que andan alrededor mío.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias; los jóvenes han tomado en serio sus palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas a dejarse seducir, con horror, por ese monstruo, a consolar ese Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no había encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazón tan grande como el suyo. Según la opinión fastasmagórica, Byron es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque ve la corrupción de la especie humana: es un genio fatal y

doliente colocado entre los misterios de la materia y del espíritu, que no alcanza a descifrar el enigma del universo, que considera la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el hijo de la desesperación, que desprecia y reniega, que padeciendo una herida incurable se venga llevando el dolor por la voluptuosidad todo lo que se le acerca; es un ser que no ha pasado por la edad de la inocencia, que no ha tenido la ventaja de ser arrojado y maldito de Dios; un hombre que, saliendo réprobo del seno de la naturaleza, es el condenado de la nada.

Este Byron de las imaginaciones exaltadas, no es, a mi parecer, el de la realidad.

Dos hombres diferentes, como en la mayor parte de los hombres, se han reunido en el poeta: el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El bardo, apercibiéndose del papel que el público le hacía representar, lo ha aceptado, y se ha puesto a maldecir al mundo, que antes sólo consideraba como un sueño: esta marcha es sensible en el orden cronológico de sus obras.

En cuanto a su *genio*, en vez de tener la extensión que se le atribuye, es bastante reservado; su pensamiento poético no es más que un gemido, una queja, una imprecación; con tal cualidad es admirable; es preciso no preguntar a la lira su pensamiento, sino lo que canta.

En cuanto a su *espíritu*, es sarcástico y múltiple, pero de una naturaleza que agita y de una influencia funesta: el escritor había leído a Voltaire, y lo ha imitado.

Byron, dotado de todas las ventajas, tenía poco de que acusar a su nacimiento; el mismo accidente que lo hacía desgraciado, y que había ligado fuertemente su superioridad a la enfermedad humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no impedía que le amasen. El cantor inmortal conoció la verdad que encierra la máxima de Zenón: *La voz es la flor de la belleza*.

Es deplorable la rapidez con que hoy las glorias. Al cabo de pocos años, ¿qué digo?, de algunos meses, la preocupación desaparece; la denigración le sucede. Ahora la gloria de lord Byron desaparece; su genio es mejor comprendido por nosotros; durarán más los altares en Francia que en Inglaterra. Como *Childe-Harold* se destaca en la pintura de los sentimientos particulares del individuo,

los ingleses, que prefieren los sentimientos comunes a todos, concluirán por despreciar al poeta, cuyo grito es tan profundo y tan triste. Que lo piensen bien; si rompen la imagen del hombre que los ha hecho vivir, ¿qué les quedará?

Cuando escribí en Londres, en 1822, mis sentimientos acerca de lord Byron, sólo le restaban dos años de vida; ha muerto en 1824, cuando los desengaños y los disgustos iban a empezar para él. Yo le precedí en la vida y él me ha precedido en la muerte: él ha sido llamado antes de su turno; mi número estaba delante, y, sin embargo, el suyo ha salido el primero. *Childe-Harold* debiera haber quedado; el mundo me habría perdido sin notar mi desaparición. Yo he encontrado, siguiendo mi camino, a la señora Guiccioli en Roma, a la señora Byron en París. Ambas me han presentado la debilidad y la virtud: la primera tenía quizás demasiadas realidades, la segunda bastantes ilusiones.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

INGLATERRA DESDE RICHMOND A GREENWICH. — EXCURSIÓN CON PELTIER. — BLEINHEIM. — STOWE. — HAMPTON-COURT. — OXFORD. — COLEGIO DE ETON. — COSTUMBRES PRIVADAS. — COSTUMBRES POLÍTICAS. — FOX. — PITT. — BURKE. — JORGE III. — VIDA PRIVADA DE LOS INGLESES. — COSTUMBRES POLÍTICAS. — ENTRADA DE LOS EMIGRADOS EN FRANCIA. — EL MINISTRO DE PRUSIA ME DA UN PASAPORTE FALSO, BAJO EL NOMBRE DE LA SAGNE, HABITANTE EN NEUCHÂTEL, EN SUIZA. — MUERTE DE LORD LONDONDERRY. — FIN DE MI CARRERA DE SOLDADO Y DE VIAJERO. — DESEMBARCO EN CALAIS.

Ahora, después de haberos hablado de los escritores ingleses en la época en que Inglaterra me servía de asilo, sólo me resta decir algo de esa nación en esta época, de su aspecto, de sus castillos y de sus costumbres privadas y políticas.

Toda Inglaterra puede verse en el espacio de cuatro leguas, desde Richmond, encima de Londres, hasta Greenwich, debajo.

Debajo de Londres está la Inglaterra industrial y comercial, con sus diques, sus aduanas, sus cervecerías, sus manufacturas, sus navíos; éstos, a cada marea, remontan el Támesis en tres divisiones; los más pequeños los primeros,



los medianos después y, por último, los buques de alto bordo, pasan rozando con sus velas el hospital de los marinos inválidos, y las ventanas de la taberna donde obsequian a los extranjeros.

Encima de Londres está la Inglaterra agrícola y pastoril, con sus prados, sus rebaños, sus casas de campo, sus parques, que el reflujó del Támesis riega dos veces diariamente. En medio de estos dos puntos opuestos, Richmond y Greenwich, Londres abarca todas las cosas de esta doble Inglaterra; al Oeste la aristocracia, al Este la democracia, la torre de Londres y Westminster, límites donde está encerrada la historia entera de la Gran Bretaña.

Pasé una parte del estío de 1799 en Richmond, con Cristián de Lamoignon, ocupándome de *El Genio del Cristianismo*. Hubiera querido que el Richmond-lès-Londres fuera el Richmond del tratado *Honor Richemundiae*, porque entonces me hubiera encontrado en mi patria, y diría que: Guillermo el Bastardo hizo presente a Alain, duque de Bretaña, su yerno, de cuatrocientas cuarenta y dos tierras señoriales en Inglaterra, que más tarde formaron el condado de Richmond; los duques de Bretaña, sucesores de Alain, dieron en feudo estos dominios a caballeros bretones, segundones de las familias de Rohán, de Tinténac, de Chateaubriand, de Goyon, de Montboucher. Mas, a pesar de mi buena voluntad, es preciso buscar en el Yorkshire el condado de Richmond, erigido en ducado en tiempo de Carlos II para un bastardo; el Richmond que está sobre el Támesis es el antiguo Sheen de Eduardo III.

Allí murió, en 1377, Eduardo III, aquel famoso rey robado por su querida Alix Pearce, que no era ya Alix o Catalina de Salisbury de los primeros días de la vida del vencedor de Crecy. Enrique VIII e Isabel murieron también en Richmond: ¿dónde no se muere? Enrique VIII se divertía en esta residencia. Los historiadores ingleses están muy embarazados con este hombre abominable: por una parte no pueden disculpar su tiranía y la esclavitud del Parlamento; por la otra, si anatematizan al jefe de la Reforma, se condenarían condenándolo.

En el parque de Richmond se enseña la altura que servía de observatorio a Enrique VIII para espiar la noticia del suplicio de Ana Bolena. El monarca respiró tranquilo cuando vió la señal que partía de la torre de Londres. ¡Qué vo-

luptuosidad! ¡El hierro había cortado el cuello delicado, y había ensangrentado los hermosos cabellos que fueron objeto de las fatales caricias del poeta rey!

En el parque abandonado de Richmond no esperaba ninguna señal homicida; no hubiera deseado siquiera el más leve mal a quien me hubiera hecho traición. Me paseaba con algunos gamos domesticados, que tenían costumbre de correr delante de una jauría, se detenían cuando se cansaban, y volvían muy alegres y divertidos de este juego en un carro lleno de paja. Iba a ver en Kew a los canguros, ridículos animales, justamente a la inversa de las jirafas: estos cuadrúpedos-langostas poblaban mejor la Australia que las prostitutas del viejo duque de Queensbury las callejuelas de Richmond.

Me paseaba una tarde por las praderas de Twickenham, cuando se me presentó Pelletier con su pañuelo en la boca:

«¡Qué sempiterna niebla!—dijo cuando estuvo cerca de mí—. ¿Cómo diablo puede usted estar aquí? He formado mi lista: Stowe, Bleinheim, Hamphthor-Court, Oxford: con su facha de pensador estaría usted en John Bull *in vitam aeternam*, y no vería nada.»

Pedí que me dispensara, pero inútilmente; fué preciso partir. En el carruaje, Pelletier me enumeró sus esperanzas que se reproducían sin cesar: y así iba de ilusión en ilusión hasta el fin de la jornada. Una de sus esperanzas, la más fuerte, lo llevó a perseguir a Bonaparte, a quien agarró por el cuello. Napoleón tuvo la simplicidad de darse de puñadas con él.

Bleinheim no me gustó; sufría tanto más con un antiguo revés de mi patria, cuanto que había tenido que soportar una reciente afrenta: los remeros de un barco que subía por el Támesis, al verme en una de las riberas dieron grandes hurras: se acababa de recibir la noticia del combate naval de Aboukir: estos triunfos del extranjero, que podían abrirme las puertas de mi patria, me eran odiosos. Nelson, a quien había visto muchas veces en Hyde-Parck, encadenó sus victorias en Nápoles al chal de la señora Hamilton, en tanto que los lazzaroni jugaban a las bochas con cabezas. El almirante murió gloriosamente en Trafalgar, y su querida miserablemente en Calais, después de perder belleza, juventud y fortuna. Y yo, que en el Támesis ultrajé el triunfo de Aboukir, he visto las palmeras de la

Libia bordar el mar tranquilo y desierto, que fué enrojecido con la sangre de mis compatriotas.

El parque de Stowe es célebre por sus fábricas, pero yo prefiero sus sombras. El *cicerone* del sitio nos enseñó en un rincón obscuro la copia de un templo, cuyo modelo había yo de admirar más tarde en el valle de Cefisa. Hermosos cuadros de la escuela italiana se entristecían en el fondo de algunas salas despobladas, cuyos postigos se hallaban cerrados. ¡Pobre Rafael, prisionero en un castillo de viejos bretones, lejos del cielo de la Fornarina!

En Hampton-Court se conservaba la colección de retratos de las queridas de Carlos II: de ese modo había tomado las cosas este príncipe al salir de una revolución que costó la vida a su padre, y que debía proscibir su raza.

Vimos en Slough, a Herschell con su instruída hermana y su telescopio de cuarenta pies, buscando nuevos planetas, y haciendo reír a Pelletier, que estaba montado a la antigua.

Nos detuvimos dos días en Oxford. Go-cé bastante en aquella república de Alfredo el Grande, que representaba las libertades privilegiadas y las costumbres literarias de la Edad Media. Recorrimos los veinticinco colegios, las bibliotecas, vimos los cuadros, el museo, el jardín botánico. Encontré con mucho placer, entre los manuscritos del colegio de Worcester, una vida del Príncipe Negro, escrita en verso francés por el rey de armas de este príncipe.

Oxford, sin parecerseles, me recordaba los modestos colegios de Dol, de Rennes y de Dinán. Yo había traducido la elegía de Gray y del *Cementerio de la Campaña*:

The curfew tolls the knell of parting day.

imitación de este verso de Dante:

Squilla di lontano  
Che paja 'l giorno pianger che si muore.

Mi amigo Pelletier se había apresurado a publicar en su periódico mi traducción. A la vista de Oxford me acordé de la oda del mismo poeta sobre *una vista lejana del colegio de Eton*.

«¡Dichosas colinas, pintorescos bosquecillos, campos queridos en vano, donde en otra época corría sin pena mi infancia indiferente! Yo siento las brisas que vienen de vosotros; parece que acarician mi alma abatida, y que, perfumadas de alegría y juventud, me ofrecen una nueva primavera.

»Dime, paternal Támesis... dime qué generación veleidosa se precipita hoy corriendo tras del aro, o lanzando la pelota fugitiva. ¡Ay! ¡Sin preocuparse de sus destinos juguetean las pequeñas víctimas! No tienen previsión de los males venideros, ni cuidado del mañana.»

¿Quién no ha experimentado los sentimientos y las penas, expresados aquí con toda la dulzura de la musa? ¿Quién no se enterneció con el recuerdo de los juegos, de los estudios, de los amores de sus primeros años? ¿Pero se les puede volver a la vida? Los goces de la juventud, reproducidos por la memoria, son ruinas vistas al resplandor de las llamas.

Aunque separados del continente por una guerra larga, los ingleses conservaban, a fines del último siglo, sus costumbres y su carácter nacional. No había todavía allí más que un pueblo, cuya soberanía estaba constituida por un gobierno aristocrático; no se conocían más que dos grandes clases, ligadas por intereses comunes: los patronos y los clientes. La clase llamada en Francia *ciudadana*, no se conocía todavía; nada se interponía entre los ricos propietarios y los hombres industriales. Por los andenes, donde hoy se ven pasear figuras sucias y hombres con levita, pasaban niñas con manteleta blanca, sombrero de paja, una cestita con fruta o un libro en la mano; todas con los ojos bajos, y ruborizándose si se las miraba. «Inglaterra—dice Shakespeare—es un nido de cisnes en medio de las aguas.»

Los *caballeros terratenientes* no habían vendido todavía su patrimonio para habitar en Londres: aun formaban en la cámara de los Comunes esa fracción independiente, que, yéndose de la oposición al ministerio, mantenía las ideas de libertad, de orden y propiedad. En otoño cazaban zorras o faisanes, comían el ganso gordo en Navidad, gritaban: *viva el roasbeef!* se quejaban del presente, alababan el pasado, maldecían a Pitt y la guerra, que había aumentado el precio del vino de Oporto, y se acostaban embriagados para emprender al día siguiente la misma operación. Estaban seguros de que no acabaría la gloria de la Gran Bretaña mientras se cantase *God save the King*, que se conservarían las leyes sobre la caza, y que se venderían furtivamente las liebres y las perdices en el mercado con el nombre de *leones* y *avestruces*.

El clero anglicano era instruído, hos-



pítalaro y generoso; había atendido al clero francés con una caridad enteramente cristiana. La universidad de Oxford hizo imprimir a su costa, distribuyéndolo gratuitamente entre los sacerdotes, un *Nuevo Testamento* con la versión romana, y estas palabras: *Para el uso del clero católico desterrado por la religión*. Referente a la alta sociedad inglesa, yo, miserable desterrado, no veía más que su exterior. A las recepciones de la corte o a casa de la princesa de Gales, iban señoras sentadas de lado en sillas de manos. Aquellas hermosas damas eran las hijas de las madres adoradas por el duque de Guiche y el duque de Lauzun; aquellas jóvenes son, en 1822, las madres y abuelas de las niñas que bailan hoy en mi casa con traje corto, al son de la flautilla de Collinet, como rápidas generaciones de flores.

A fines del siglo pasado Inglaterra estaba en el apogeo de su gloria. Pobre emigrado en Londres desde 1793 a 1800, oí hablar a los Pitt, los Fox, los Sheridan, los Wilberforce, los Grenville, los Whitebread, los Lauderdale, los Erskine; magnífico embajador en 1822, no podré decir cuánto me ha sorprendido ver, en lugar de los grandes oradores que yo había admirado antes, a los que eran los segundos en la época de mi primer viaje: a los discípulos en vez de los maestros. Las ideas generales han penetrado en esta sociedad particular. La aristocracia ilustrada, colocada a la cabeza de este país hace ciento cuarenta años, ha mostrado al mundo una de las más bellas y grandes sociedades que hayan honrado la especie humana desde el patriado romano.

En 1792 se separó el señor Burke del señor Fox. El primero atacaba la revolución francesa; el segundo la defendía. Nunca los dos oradores, que hasta entonces habían sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida. Los ojos del señor Fox se llenaron de lágrimas cuando el señor Burke terminó su réplica con estas frases: «El muy honorable caballero me ha tratado, en el discurso que acaba de pronunciar, con una dureza poco común: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. A pesar de este ataque grande y serio, no merecido por mi parte, no me asusto: no temo declarar mis sentimientos en esta cámara y en todas partes, y diré al mundo entero que la Constitución

está en peligro. Es cierto que es una cosa indiscreta en todo tiempo, y mucho más indiscreta todavía a mi edad, provocar a los enemigos, o dar a mis amigos motivos para que me abandonen. Sin embargo, si esto ha de suceder por mi fidelidad a la Constitución británica, lo arriesgaré todo; y como el deber público y la prudencia pública me lo ordenan, diré en mis últimas palabras: ¡Huid de la Constitución francesa! *Fli from the French Constitution.*»

Y como el señor Fox dijera que no se trataba de perder los amigos, el señor Burke replicó:

«Sí, ¡se trata de perder los amigos! No desconozco el resultado de mi conducta; he cumplido mi deber a precio de mi amigo; nuestra amistad ha terminado. Advierto a los muy honorables caballeros, que son los dos grandes rivales en esta cámara, que deben en lo sucesivo (ya sea porque se muevan en el hemisferio político como dos grandes meteoros o bien porque marchen reunidos como dos hermanos), les advierto que deben defender y cuidar la Constitución inglesa; que deben estar en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de estas nuevas teorías.—*From the danger of these new theories.*» ¡Memorable época del mundo!

El señor Burke, al que yo conocí en los últimos años de su vida, abrumado por la muerte de su hijo único, había fundado una escuela consagrada a los niños de los pobres emigrados. Yo iba a visitar lo que él llamaba su plantel, *his nurse*. Se entretenía con la vivacidad de la raza extranjera que crecía bajo la paternidad de su genio. Al ver saltar a estos desterrados indiferentes a su situación, me decía: «Nuestros muchachos no harían esto.» Sus ojos se humedecían de lágrimas; pensaba en su hijo, que había partido para un destierro muy largo.

Pitt, Fox, Burke, ya no existen, y la Constitución británica ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en esta época; es necesario haber oído a estos oradores cuya voz profética parecía anunciar una revolución cercana; para formarse idea de la escena que recuerdo. La libertad, contenida en los límites del orden, parecía debatirse en Westminister bajo la influencia de la libertad anárquica que hablaba en la tribuna aún sangrienta de la Convención.

El señor Pitt, era alto y flaco, tenía

un aire triste e irónico. Su palabra era fría, su entonación monótona, su gesto insensible; y, no obstante, la lucidez y afluencia de sus pensamientos, la lógica de sus raciocinios, súbitamente iluminados por relámpagos de elocuencia, colocaban su talento fuera del orden común.

Yo lo veía muchas veces, cuando desde su casa atravesaba el parque de Saint-James, e iba a pie a ver al rey. Por su parte, Jorge III venía de Windsor, después de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los colonos de las cercanías; atravesaba las mezquinas calles de su mezquino palacio, en un carruaje gris, seguido de algunos guardias a caballo. El señor Pitt subía de dos en dos, o de tres en tres, las escaleras. No encontraba a su paso más que tres o cuatro emigrados ociosos; dejaba caer una mirada desdeñosa sobre nosotros, y pasaba con la nariz abierta y la cara pálida.

Este gran financiero no tenía ningún orden en su casa, ni horas para comer ni para dormir. No pagaba ninguna de sus muchas deudas. Un camarero dirigía su casa. Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, ávido solamente de poder, despreciaba los honores, y no quería ser más que *William Pitt*.

Lord Liverpool me invitó en junio último, 1822, a comer en su casa de campo: al atravesar por Pulteney me mostró la casita donde murió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado que había dominado Europa, y que había distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

Jorge III sobrevivió al señor Pitt, pero había perdido la razón y la vista. En la apertura del parlamento, los ministros leían a las cámaras silenciosas y enternecidas el parte de la salud del rey. Una vez que fui a Windsor, me granjeé la benevolencia de un conserje por medio de unos chelines, y me colocó de manera que pudiera ver al rey. Este, con los cabellos blancos y ciego, apareció, como el rey Lear, en su palacio, tentando con sus manos las paredes de la estancia. Se sentó delante de un piano, cuyo sitio conocía, y tocó algunos trozos de una sonata de Haendel: era un hermoso final de la *vieja Inglaterra*. *Old England!*

Empecé a volver los ojos hacia mi tierra natal: una gran revolución se había operado. Bonaparte, nombrado primer cónsul, restablecía el orden con el despotismo; muchos emigrados regresaban;

los altos emigrados, sobre todo, se apresuraban a ir a recoger los restos de su fortuna; la fidelidad moría en los de arriba, en tanto que el pecho de algunos caballeros de provincia, medio desnudos, aún se conservaba. La señora Lindsay había partido, y escribía a los señores de Lamoignon que volvieran; invitando también a la señora D'Aguesseau, hermana de los Lamoignon, a pasar el Estrecho. Fontanes me llamaba para concluir en París la impresión de *El Genio del Cristianismo*. No sentía ningún deseo de volver a ver mi país; yo no tenía ya en Francia ni bienes ni asilo; la patria se había convertido para mí en un seno de piedra, en un pecho sin leche; yo no había de encontrar ni a mi madre, ni a mi hermano, ni a mi hermana Julia. Lucila existía todavía, pero se había casado con el señor Caud, y no llevaba mi nombre; mi joven viuda sólo me conocía por una unión de algunos meses, por la desgracia y una ausencia de ocho años.

Entregado a mí mismo, yo no sé si hubiera tenido resolución para marchar, pero veía disolverse mi pequeña sociedad; la señora D'Aguesseau me proponía llevarme a París: yo me dejaba conducir. El ministro de Prusia me proporcionó un pasaporte con el nombre de La Sagne, domiciliado en Neuchâtel. Los señores Dulau interrumpieron la impresión de *El Genio del Cristianismo*, y me entregaron las hojas compuestas. Separé de los *Natchez* el *Atala* y *René*; encerré el manuscrito en una maleta que confié a mis huéspedes, en Londres, y emprendí el viaje para Douvres con la señora D'Aguesseau; la señora Lindsay nos esperaba en Calais.

En 1800 abandoné Inglaterra; mi corazón estaba ocupado de otro modo entonces que lo está ahora que escribo esto, en 1822. No llevaba del país del destierro más que pesares y sueños: hoy mi cabeza está llena de proyectos ambiciosos, de política, de grandezas, y de andanzas, tan impropias de mi naturaleza. ¡Qué de acontecimientos se han amontonado en mi presente existencia! ¿Qué no tendré que decir al hablar de mi patria, de sus revoluciones, cuyo primer plan expliqué anteriormente; del imperio y el hombre gigantesco, que he visto caer; de esta restauración hoy gloriosa, en que he tomado tanta parte, en 1822, pero que, sin embargo, no puedo entrever sino al través de no sé qué nube fúnebre?



Acabo este libro en la primavera de 1800. Al llegar al término de mi primera carrera, se abre ante mí la carrera del *escritor*; de hombre privado, voy a ser hombre público: saldré del asilo virginal y silencioso de la soledad, para entrar en la enrocijada manchada y ardiente del mundo: la luz del Mediodía va a iluminar mi vida fantástica: la luz va a penetrar en el reino de las sombras. Dirijo una mirada amorosa a estos libros que encierran mis horas sin cuento; me parece que doy un eterno adiós a la casa paterna; abandono los pensamientos y las quimeras de mi juventud, como a hermanas, como amantes, que dejo en el hogar doméstico para no verlas jamás.

Tardamos cuatro horas en ir de Douvres a Calais. Yo me introduje en mi patria a favor de un nombre extranjero: doblemente oculto en la obscuridad del suizo La Sagne y en la mía, abordé la Francia con el siglo.

Dieppe y París, 1836.

Revisado en diciembre de 1846.

RESIDENCIA EN DIEPPE. — DOS SOCIEDADES. — ESTADO DE MIS MEMORIAS. — AÑO DE 1800. — VISTA DE FRANCIA. — LLEGO A PARÍS. — MI VIDA EN PARÍS. — CAMBIO DE LA SOCIEDAD.

Sabéis que bastantes veces he cambiado de lugar escribiendo estas *Memorias*; que continuamente he descrito esos lugares, he hablado de los sentimientos que me inspiraban, y he trazado mis recuerdos, enlazando así la historia de mis juicios y de mis hogares errantes con la historia de mi vida.

Ya veis dónde habito ahora. Esta mañana, paseándome por las rocas, a la espalda del castillo de Dieppe, he visto la poterna que comunica con ellas por medio de un puente arrojado sobre un foso. La señora de Longueville había huído por allí de la reina Ana de Austria; se embarcó furtivamente en el Havre, y saltando en tierra en Rotterdam, se dirigió a Stenay, al lado del mariscal Turenne. Los laureles del gran capitán no eran inocentes, y la burlona desterrada no trataba muy bien al culpable.

La señora de Longueville, descendiente de la casa Rambouillet, del trono de Versalles, y de la municipalidad de París, se apasionó del autor de las *Máximas*, y le fué tan fiel como ella podía ser.

La princesa de Condé, momentos an-

tes de expirar, dijo a la señora de Brienne: «Mi querida amiga: escriba a esa pobre miserable, que se halla en Stenay, el estado en que me ve usted, y que aprenda a morir.» Hermosas frases; pero la princesa olvidaba que ella misma había sido amada de Enrique IV; que, conducida a Bruselas por su marido, ella había querido reunirse al bearnés, *escaparse por la noche por la ventana, y andar después treinta o cuarenta leguas a caballo*; ella era entonces una *pobre miserable* de diez y siete años.

Al bajar de la roca, me encontré en el camino real de París, que asciende rápidamente al salir de Dieppe. A la derecha, sobre la línea de un ribazo, se levanta la pared de un cementerio; a lo largo de la tapia había colocado un torno de hilar; dos cordeleros, que andaban hacia atrás y se balanceaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra, cantaban juntos a media voz. Escuché, y estaban en esta copla del *Viejo cabo*, hermosa mentira poética que nos ha traído donde estamos:

Qui là-bas sanglote et regarde?  
Eh! c'est la veuve du tambour, etc., etc.

Estos hombres pronunciaban el estribillo: *Conscriptos al paso, no lloréis... Marchad al paso, al paso*, con un tono tan patético y varonil, que las lágrimas asomaron a mis ojos. Marcaban el paso, y al devanar el cáñamo parecía que hilaban el último momento del viejo cabo: yo no sabría explicar el efecto que me causaba esta gloria de Béranger; solitariamente realzada por dos hombres que cantaban a la vista del mar la muerte de un soldado.

La roca me ha recordado una grandeza monárquica, el camino, una celebridad plebeya: comparé con el pensamiento los hombres de las dos extremidades de la sociedad, y me he preguntado a cuál de estas épocas hubiera querido pertenecer. Cuando el presente haya desaparecido como el pasado, ¿cuál de estas dos famas atraerá más miradas de la posteridad?

Y, sin embargo, si los hechos fueran todo, si el valor de los nombres no contrapesase en la historia el valor de los acontecimientos, ¿qué diferencia entre mi época y la que transcurrió desde la muerte de Enrique IV hasta la de Mazarino! ¿Qué son las revueltas de 1648 comparadas con esta revolución, que ha devorado al antiguo mundo, que lo matará quizás, no dejando tras de sí ni vieja ni nueva sociedad? ¿No tenía yo que pintar en mis

*Memorias* cuadros de una importancia mayor que las escenas referidas por el duque de La Rochefoucauld? En Dieppe mismo, ¿qué es al lado de la duquesa de Berry, el negligente y voluptuoso idolo de París, seducido y rebelde? Ya no se oyen los cañonazos que anunciaban al mar la presencia de la viuda real; la adulación del humo y de la pólvora sólo ha dejado sobre la costa el mugido de las olas.

Las dos hijas de Borbón, Ana Genoveva y María Carolina, se han retirado; los dos cordeleros de la canción del poeta plebeyo se abismaron. Dieppe no me posee ya; era otro *yo*, un *yo* de mis primeros días ya pasados, el que habitó en otro tiempo estos sitios, y este *yo* ha sucumbido, porque nuestros días mueren antes que nosotros. Aquí me habéis visto, siendo subteniente del regimiento de Navarra, enseñar reclutas en los pedregales; me habéis visto desterrado en tiempo de Bonaparte; me volveréis a encontrar cuando las jornadas de julio vengán a sorprenderme. Heme aquí todavía; cojo de nuevo la pluma para continuar mis confesiones.

A fin de reconocernos, será conveniente echar una ojeada sobre el estado de mis *Memorias*.

Me ha acontecido lo que acontece a todo el que trabaja en grande escala; primero he levantado los pabellones de las extremidades; después, mudando aquí y allá mis andamios, he subido la piedra y el cimiento de las construcciones intermedias. Si el cielo me concede vivir, terminaré el monumento de mis diversos años; el arquitecto, siempre el mismo, habrá cambiado solamente de edad. Por otra parte, es un suplicio conservar intacta su inteligencia, encerrada en una envoltura material gastada. San Agustín, sintiendo que se deshacía su barro, dijo a Dios: «Servid de tabernáculo a mi alma»; y a los hombres: «Cuando me hayáis conocido en este libro, rogad por mí.»

Entre el principio y fin de estas *Memorias*, median treinta y seis años. ¿Cómo anudar con algún ardor la narración de un asunto lleno en otro tiempo de pasión y de fuego, cuando no viven ya las personas de las que he de ocuparme, cuando se trata de despertar efigies heladas en el fondo de la eternidad, de bajar a una fosa fúnebre, para representar allí la vida? ¿No estoy yo mismo casi muer-

to? ¿No cambiaron mis opiniones? ¿Veo yo los objetos desde el mismo punto de vista? Estos acontecimientos personales que me perturbaban tanto, y los acontecimientos generales y prodigiosos que los han acompañado o sucedido, ¿no han perdido importancia a los ojos del mundo y a los míos? Todo el que prolonga su carrera siente enfriarse sus horas, ya no encuentra al día siguiente el interés de la víspera. Cuando rebusco, hay nombres y hasta personajes que escapan a mi memoria, y, no obstante, quizás habían hecho palpar mi corazón: ¡vanidad del hombre olvidadizo y olvidado! No basta decir a los pensamientos y a los amores: «¡Renaced!» para que renazcan; la región de las sombras no se puede abrir más que con la rama de oro, y se necesita una mano joven para cortarla.

Aucune venants des Lares patries.

(RABELAIS.)

Encerrado ocho años en la Gran Bretaña, yo no había visto más que el mundo inglés, tan diferente, sobre todo en aquella época, del resto del mundo europeo. A medida que el paquebot de Douvres se acercaba a Calais, en la primavera de 1800, mis miradas se dirigían a la costa. Cuando llegamos al muelle, los gendarmes y los aduaneros subieron al puente y registraron nuestro equipaje y los pasaportes.

La señora Lindsay nos esperaba en la posada; al día siguiente marchamos con ella hacia París, la señora d'Aguesseau, una joven parienta suya, y yo. En el camino apenas veíamos hombres: mujeres ennegrecidas y escuálidas, labraban los campos: se las podía tomar por esclavas. Yo me debía haber admirado de la independencia y de la virilidad de este pueblo, en el cual las mujeres manejaban el arado y los hombres el mosquete. Parecía que el fuego había atravesado por las aldeas; estaban miserables y medio derruidas; por todas partes lodo y polvo, humo y escombros.

A derecha e izquierda del camino se veían castillos arruinados: de sus bosques arrasados apenas quedaban algunos troncos. Se veían las paredes de los cercados agujereadas, iglesias abandonadas, cuyos muertos habían sido exhumados, torres sin campanas, cementerios sin cruces, con santos sin cabezas, apedreados en sus nichos. Sobre las murallas se leían estas inscripciones republicanas, ya envejecidas: *Libertad, igualdad, fraternidad*.